

El primer día en que confié mi mano a una manicura fue porque iría en la noche al Moulin Rouge. La antigua enfermera me recortó los padrastrós y esmeriló las uñas. Luego les dio una forma lanceolada, y al concluir su tarea las envolvió en barniz. Mis manos no parecían pertenecerme. Las coloqué sobre la mesa, frente al espejo, cambiando de postura y de luz. Tomé una lapicera con esa falta de soltura con que se toman las cosas ante un fotógrafo y escribí.

Así comencé este libro.

A la noche fui al Moulin Rouge y oí decir en español a una dama que tenía cerca, refiriéndose a mis extremidades:

—Se ha cuidado las manos como si fuera a cometer un asesinato.

He nacido en Bujival.<sup>1</sup> El Sena pasa rápido a las espaldas del caserío. Huye de París. Sus aguas verdinegras arrastran la pringue de la ciudad feliz. Al cruzar por mi pueblo el río hace mover la rueda de los molinos a donde van a esconderse los cuerpos de los ahogados pudibundos. Han terminado su viaje a empujones. No pueden filtrar por entre las rejas de los sótanos y sacan a veces un brazo que los descubre y que se tiende al aire en señal de auxilio. Yo he pescado así, cuando era niño, muchos de esos desconocidos. Uno de los carteros era célebre en el pueblo por ser quien traía siempre las cartas de luto. Yo era señalado por haber descubierto el número mayor de cadáveres. Esto me daba una cierta aureola entre mis

1. El autor hace referencia a la población de Bougival, cercana a París y muy frecuentada por escritores y artistas durante el siglo XIX. (Salvo que se indique lo contrario, todas las notas son de la editora.)

camaradas y me jactaba conmigo mismo del honor. A los niños de mi edad los amenazaba con descubrirlos el día en que se ahogaran. Los niños quedaban ensimismados imaginándose ya en los albañales del molino. Mi superioridad era inatacable al análisis, pues había puesto la sugestión de la tragedia en el ambiente cotidiano donde irá a colocarla la lógica cuando la obra de Esquilo parezca por la asimilación del espíritu humano una simple composición escolar.

Cayendo sobre mí el prestigio de tan extraño oficio, era el primero en ser absorbido por la carga que me investía. Si iba a pescar, lo que era frecuente, tendía mi línea cerca del molino. No miraba al corcho, que la corriente mordía bruscamente, esperando ver aparecer entre las rejas a la mano del muerto. Si salía de paseo, pasaba frente al molino y cuando limpiaban la maquinaria, yo era el primero en descender al sótano a buscar entre el lodo objetos de toda especie que las aguas arrastran y que parecen cansadas de llevar a cuestras, puesto que los van dejando en los rincones bajo los puentes y en los pantanos de la ribera.

El molino era viejo. Del tiempo de Luis XIV, «el gran sacerdote de la peluca clásica» como le llamó Thackeray, él que cuando iba a Marly no dejaba de bajar de su berlina y sonreír a la molinera.

Las mujeres de este oficio eran las más hermosas y las más galantes entre las mujeres de pueblo de aquel entonces.

Cuando la Revolución, el señor de Bujival pidió asilo al molinero. Los molineros tenían la llave de la despensa de los nobles y fueron sus más celosos aduaneros. El molinero robaba para sí y a cuenta del señor con quien estaba en connivencia. Pero el molinero de la esclusa roja —una vez que el tirante testero de la casa de su señor levantó al caer las últimas chispas de la hoguera en que habían convertido el palacio los *sansculottes*, de vuelta de Versalles, en una tarde de otoño gris que ha descrito magistralmente Rivarol—, hizo bajar al sótano al señor de Bujival con el pretexto de ocultarle y dejó a cargo de su mujer la misión de abrir las esclusas. El señor de Bujival no dio un grito. Las aguas lo ahogaron, lo estrangulaban contra los hierros de las verjas, y allí estuvo yéndose poco a poco, pedazo a pedazo durante varios meses. En ese entonces nadie echaba el anzuelo frente al molino. El señor de Bujival agitó inútilmente la mano.